
Arte y Teología

La teología y el arte están muy relacionados, más de lo que generalmente se piensa. Si la teología es, etimológicamente, la palabra o el discurso (oral o escrito) sobre Dios, de manera semejante, el arte puede ser entendido como la imagen (visual, por tanto) sobre Dios, una *Teoiconía*. Bien lo ha comprendido el Oriente cristiano, cuando al pintor de iconos lo denomina iconógrafo, es decir escritor de imágenes, al que –por cierto– se le concede un *status* eclesiástico singular, en cierta manera similar al del teólogo, pues ambos expresan la misma fe, aunque de manera diversa.

El estudio de la arqueología y del arte cristiano y su significación se encuadra en el ámbito más amplio de la Historia de la Iglesia. Pero la estrecha vinculación que existe entre teología y arte hace que, de una u otra forma, todos los demás campos de la reflexión teológica en algún momento deban prestar atención a cuestiones referidas al arte y a su objeto principal, que es la belleza, según afirmaba ya Platón.

La palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras se ha visualizado durante siglos por el pueblo cristiano gracias a pintores y escultores que pintaron y esculpieron la *biblia pauperum*, «la biblia de los pobres», como ya reconocía san Gregorio Magno. Esta dimensión catequética y pastoral del arte cristiano sigue siendo hoy de rigurosa actualidad, en una época de gran secularización en la cual, sin embargo, el arte cristiano sigue atrayendo –y acercando, por tanto, al mensaje de la fe– incluso a los no creyentes, como lo muestran las grandes exposiciones y el emergente turismo cultural.

El desarrollo homogéneo de la teología dogmática, singularmente en el campo cristológico, tuvo su reflejo en las bellas artes. La querrela iconoclasta, como bien intuyó san Juan Damasceno, no era sólo un ataque a las imágenes sino, en el fondo, a la misma realidad de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, «imagen visible del Dios invisible» (Col 1,15). Y así lo definió el II Concilio de Nicea en el año 787.

La Sagrada Liturgia se funde con el arte de múltiples modos, de manera que ella misma supone un verdadero *ars celebrandi*, en el cual la belleza de los ritos, de la música sagrada, y de los templos y su ornamentación constituye el ámbito más propicio para percibir la presencia y la obra de Dios.

De igual modo, la riqueza y la diversidad de la espiritualidad cristiana a lo largo de los siglos se ha plasmado en devociones que han nutrido la fecunda imaginación de los artistas.

Por otro lado, la teología moral ha insistido siempre en la importancia de un arte sacro digno que contribuya al crecimiento intelectual, moral y espiritual de los fieles. Empeño en el que también se ha visto apoyada por los sagrados cánones.

Como se puede comprobar, son muchos y profundos los vínculos existentes entre teología y arte. Por eso no resulta extraño que el teólogo Marie Dominique Chenu afirmase que las más nobles realizaciones del arte cristiano no son «solamente ilustraciones estéticas, sino verdaderos lugares teológicos» (*La teología nel XII secolo*, Milano: Jaca Book, 1992, 9).

La Universidad es el recinto del saber y de la belleza del saber. Las universidades nacieron en los claustros de las catedrales, por tanto, en un espacio artístico de primer orden. Y nacieron al mismo tiempo que se consolida el arte gótico, cuya arquitectura funcional, basada en la racionalidad y el orden tiene un reflejo igualmente genial en la compilación de la *Summa Theologiae* de Santo Tomás de Aquino.

Precisamente la relación entre arte y teología fue objeto de reflexión y estudio en el XXXIV Simposio de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra celebrado en octubre de 2015. En su origen remoto se encontraba el deseo expresado en el Vaticano II y reiterado por los sucesivos pontífices de prestar especial atención a la belleza y promover un fructífero diálogo entre artistas y teólogos. Pablo VI, Juan Pablo II (*Carta a los artistas*), Benedicto XVI y recientemente el papa Francisco han incidido en esta misma idea. Baste citar la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, de Francisco, en la que anima a la Iglesia a prestar «una especial atención al *camino de la belleza (via pulchri-*

tudinis)» de manera que «todas las expresiones de verdadera belleza pueden ser reconocidas como un sendero que ayuda a encontrarse con el Señor Jesús» (nº 167).

A lo anterior se añade que el Simposio se quiso plantear con un carácter netamente interdisciplinar, algo muy propio del confluir de saberes en la Universidad, y especialmente querido y buscado en los nuevos planes y diseños curriculares, así como en los proyectos de investigación. El encuentro de teólogos, arquitectos, escultores, pintores, músicos fue a este respecto sumamente enriquecedor.

En este cuaderno se ofrecen algunas reflexiones sobre el arte y teología en tres aspectos particulares: la dimensión artística del hecho religioso en sí mismo considerado (José Luis Sánchez Nogales), la música litúrgica (P. Agustí Piqué), y el espacio sacro como imagen de la Iglesia (M^a Antonietta Crippa).

Fermín LABARGA